

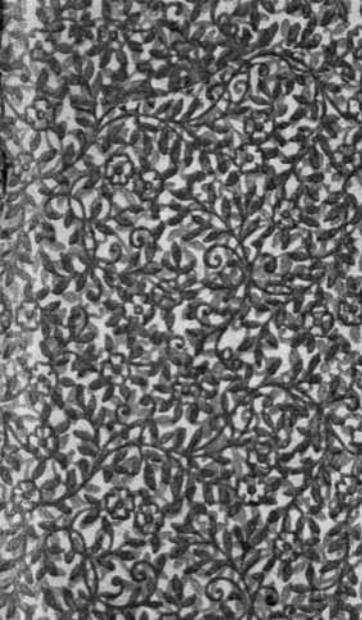
leg

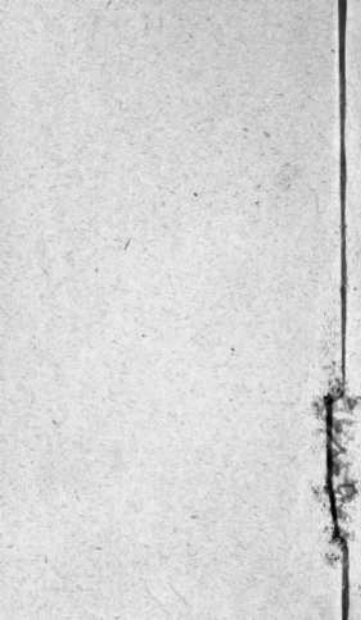
A

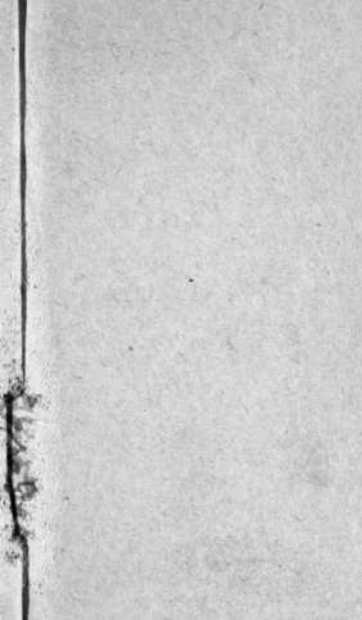
1652

3









VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESUS.



B. MAUR. 1767

1812. 1767.

teresa de jesus;

VIDA

DE

SANTA TERESA
DE JESUS

FOR EL

P. J. E. NIEREMBERG,
de la Comp. de Jesus.



MADRID.

IMP. Y FUNDICION DE M. TELLO.

1882.

1019

RECEIVED ADP AS

APR 19 1950

1950

RECEIVED ADP AS

APR 19 1950

1950

RECEIVED ADP AS

APR 19 1950

1950

VIDA DE SANTA TERESA.

NACIÓ la seráfica madre Santa Teresa de Jesus, para bien de innumerables almas, en la ciudad de Avila, que es una de las principales de España, año de 1515, á 28 del mes de Marzo, de padres nobles y devotos cristianos. Su padre se llamó Alonso de Cepeda, y su madre Doña Beatriz de Ahumada. Criáronla en santas costumbres y temor de Dios, y ella mostró desde niña muy buen natural y grande inclinacion á la virtud, dando señales de lo que despues había de ser. Siendo de

siete años, aprendió con tanta viveza la eternidad de la gloria y penas del infierno, que repetía á menudo y con gran ponderacion: «Para siempre, para siempre, para siempre.» Entreteníase en edificar algunas ermitas, siendo esto pronóstico de los conventos que, ya mayor, había de fundar. Cuando leía las historias de los Santos mártires, se encendía con tal deseo del martirio, que habiéndose concertado con un hermano suyo, también niño, se salió de casa de sus padres, para irse á Africa á ser martirizada por Cristo, de los moros.

Iba muy contenta fuera del lugar, donde la encontró un tío suyo y la volvió á su casa con gran sen-

timiento de la fervorosa niña; y procuró suplir el mérito de su jornada con muchas buenas obras, lágrimas y limosnas, que segun su estado de niñez podía hacer. Muriósele su madre, siendo de doce años, y con gran devoción é instancia pidió á la Virgen Santísima la tuviese por hija, que ella la tendría por madre, y que así hiciese oficio de tal con ella; y el suceso mostró que lo alcanzó de la Reina de los cielos. En esa misma edad empezó á gustar de la oracion, de la cual había de ser despues gran maestra. Como viese una pintura de la Samaritana, que decía á Cristo: «Señor, dadme de esa agua,» ella quedó con tal deseo y ansias del agua divina de la gracia, que

se la pedía al Señor fervorosa é instantemente.

Siendo de veinte años, crecieron más en ella los deseos de servir á nuestro Señor con más perfeccion; para lo cual se determinó á entrarse monja. No tenía esperanza que su padre la daría licencia por el grande amor que la tenía; y así se fué, sin decirle nada, al monasterio de la Encarnacion de Avila, que es de monjas de Nuestra Señora del Cármen donde recibió el hábito con gran devocion, y dentro de un año hizo profesion en él, creciendo cada día en virtud y observancia, y ejercitándola Nuestro Señor con varias enfermedades, las cuales llevaba con mucha paciencia. En

una de ellas, día de la Asuncion de Nuestra Señora, la dió un parasismo tan largo, que estuvo cuatro dias sin sentido y como muerta, y diéronla el sacramento de la Uncion. Estaba ya la sepultura abierta para enterrarla, y lo hubieran hecho, si no lo estorbara su padre, que entró á verla, y conocia mucho de pulso. Al cabo de los cuatro dias volvió en sí, y hallándose con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanas bañados de lágrimas, comenzó á decir, que para qué la habian llamado, porque había estado en el cielo; y que supiesen que su padre y otra monja, amiga suya, llamada Juana Suarez, se habian de salvar por su medio. Vió tambien los monas-

terios que había de fundar, y lo que había de hacer en la órden, y cuántas almas se salvarían por su causa, y que había de morir Santa, y en su sepulcro se había de poner un paño de brocado. Sucedió todo despues conforme á lo que el Señor la mostró.

Quería Dios á su sierva muy perfecta, porque la había escogido para que fuese maestra de gran perfeccion, que por su medio y doctrina alcanzaron y alcanzan muchas personas; y así no la dejaba entibiar en sus santos propósitos, sino que luego la corregía y tiraba del freno. Un día, que estaba en la puerta del monasterio perdiendo tiempo con una persona, se le mostró Cristo Señor

nuestro atado á la columna muy llagado y particularmente en un brazo junto al codo desgarrado un pedazo de carne: con lo cual quedó la Santa muy maravillada y turbada, que no quisiera ver más á aquella persona con quien estaba.

Despues de cuatro ó cinco años de monja, vino casi á dejar poco á poco la oracion, aunque aconsejaba á otros la tuviesen, engañada, como ella dice, con una falsa humildad; porque le parecía atrevimiento tratar con Dios, la que tenia gusto y trato con las criaturas. En este tiempo dió á su padre la enfermedad de la muerte, y salía con una compañera, como se acostumbraba entonces,

á curarle. Asistióle y ayudóle para que muriese con gran consuelo. En esta ocasion el confesor, en cuyas manos murió su padre, que era un religioso dominico, llamado fray Vicente Barron, persona docta y muy espiritual, comunicando á la santa doncella y confesándola, tomó á su cargo el aprovechamiento de su alma, y la hizo volver á la oracion; y así dice ella misma: «Este Padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho; porque me confesé con él, y tomó hacer bien á mi alma con cuidado y hacerme entender la perdicion que traía: hacíame comulgar de quince en quince dias; y poco á poco, comenzán-

dole á tratar, tratéle de mi oracion. Dijome que no la dejase; que en ninguna manera me podía hacer sino provecho.» Desde este tiempo se dió con más continuacion á la oracion, durando en ella con grandes sequedades por espacio de diez y ocho años, hasta que un día, mirando una imágen que estaba en su oratorio, de Cristo muy llagado y lastimoso, se postuló con grandes lágrimas delante de ella, pidiendo su favor y ayuda tan de veras, que se sintió toda trocada, y con gran ánimo y fortaleza para servir á Dios cuanto pudiese, favoreciéndola de allí en adelante el Señor con grandes visitas y altísima contemplacion. Estaba la Santa, por su gran hu-

mildad, dudosa si era bueno su espíritu y tenía aún algunas imperfecciones; y así buscaba algún diestro Maestro espiritual que la enderezase, deseando para esto tratar con los Padres de la Compañía de Jesus, como ella misma lo escribe en su vida, por estas palabras: «Como Su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quienes tratar, que ya tenía noticia de algunas: porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesus, á quienes yo sin conocer á ninguno, era aficionada de solo saber el modo que llevaban de

vida y oracion; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacia más temer: porque tratar con ellos, y ser la que era, haciaseme cosa recia.» Despues dice: «Tambien me daba pena que me yiesen en casa tratar con gente tan santa como la de la Compañía de Jesus; porque temía mi ruindad, y parecíame que quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pensamientos; y que si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera, no lo dijesen á nadie.» Todas estas son palabras de Santa Teresa; la cual cuenta muy largamente, cuán notable mejoría sintió con su trato, y cómo la pusieron en

mayor perfeccion y mortificacion, asegurándola ser su espíritu bueno.

Fueron muchos los que la trataron, y entre ellos San Francisco de Borja; pero quien más tiempo y más asistentemente la gobernó, fué el ilustrado y estático varon el Padre Baltasar Alvarez; este siervo de Dios fué quien más la aprovechó en sus principios, como la misma Santa confiesa y la acabó de desarraigar el corazon de todo lo que no era Dios y su mayor gloria: por lo cual quedó la Santa por su gran humildad muy agradecida y devota de esta Religion, como en sus obras tantas veces lo muestra, y por toda su vida duró en este afecto y recurso á los Padres de la Compañía, y de

la esclarecida religion de Santo Domingo, de los cuales fué tambien devotísima: porque como la humilde Santa andaba con los temores que hemos dicho de su espíritu, la parecía que nadie la podría asegurar mejor y enderezar que gente tan docta y espiritual, como hay en estas sagradas religiones.

Con lo que la animó San Francisco de Borja, concibió la sierva de Dios gran odio contra si, quebrantando en todo su voluntad, y haciendo grandes penitencias. Vistióse de un cilicio de hoja de lata, hecho y agujereado al modo de rayo, que dejaba toda su carne llagada: tomaba rigurosas disciplinas, unas veces con ortigas,

otras con llaves, hasta venir á hacerse llagas, de las cuales manaba y corría mucha materia; pero la medicina con que las curaba era renovarlas con muchos golpes. Estaba tan encarnizada contra sí misma, que una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo comenzó á entrar y revolverse entre ellas como si fuera en una cama de rosas. Con todo esto tenía la Santa algunas imperfecciones que no conocía, hasta que el siervo de Dios Baltasar Alvarez la desengañó, diciéndola que para contentar del todo á Dios, ninguna cosa había de dejar de hacer por él; y así, que dejase unas amistades que tenía. Pareciale á la Santa que sería desagradeci-

miento: pues en ellas no había pecado: él la dijo que lo encomendase á Dios por algunos dias, y que rezase el himno de *Veni, Creator Spiritus* para que la diese luz Dios de cuál era lo mejor.

Hízolo así la Santa; y estando una vez en oracion suplicando al Señor la ayudase á contentarle en todo, la vino un grande arrobamiento, en el cual la dijo su Divina Majestad: Ya no quiero que tengas conversacion con los hombres, sino con los ángeles: lo cual se le imprimió de manera que nunca más tuvo amistad ni afecto á persona ninguna que no fuese por Dios y segun Dios. Estaba todo el día en oracion, y vivía de suerte que en todo procuraba con-

tentar al Señor, que traía siempre presente y por testigo de su vida; y el Señor se iba mostrando poco á poco á su sierva. Estando un día en oracion, la mostró solas las manos con tan grande hermosura que no se podía encarecer: de allí á algunos días la descubrió aquel divino rostro, quedando del todo absorta y elevada: despues la mostró toda su humanidad sacratísima, con aquella hermosura y majestad con que había resucitado.

Por más de tres años vió á Cristo Señor nuestro siempre á su lado derecho, que le hacía compañía y la hablaba, enseñaba y consolaba en sus trabajos y recogía en altísima oracion. Vió una vez al Sal-

vador del mundo que la mostraba la llaga de la mano izquierda y que con la derecha sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, y á vueltas de él sacaba parte de su carne sacratisima, diciendo que quien había aquello pasado por ella, que no dudase sino que mejor haria todo lo que ella pidiese, prometiéndola de hacerlo así. Estando una vez la Santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano, se la tomó el Señor con la suya y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se la había tomado; porque era de cuatro piedras grandes, sin comparacion muy más preciosas y ricas que diamantes, y estaban en ellas las cinco llagas es-

culpadas. Desde entonces aunque los demas juzgaban ser aquella cruz sino de madera, la Santa siempre la veía de la manera dicha.

Creciendo con semejantes favores el fuego del divino amor en Santa Teresa, solia ver un ángel junto á sí, hacia el lado izquierdo, de muy hermoso rostro y tan encendido que la parecía serafin: traía en las manos un dardo de oro largo, y al fin de él en la punta tenia un poco de fuego: metíasele el ángel en el corazon, y traspasábala las entrañas; y al salir de él, la parecía se las llevaba tras sí con gran dolor; pero dejábala abrasada en amor de Dios. Mostróle tambien el Espíritu San-

to, que es el amor divino, en figura de un mancebo muy hermoso, rodeado todo de llamas muy encendidas. Quedóle á la Santa tan impresa esta vision, que hasta que murió la traía presente, aunque estuviese muy ocupada, salvo que algunas veces era como si tuviese un velo delgado delante; pero con certidumbre que estaba detrás, y muchas veces se corría esta cortina y la volvía á ver.

Sobre todos estos favores fué muy particular cuando el mismo Cristo la desposó consigo; porque estando un dia para comulgar, aparecióla el Señor con gran resplandor y hermosura, como otras veces solía, y celebró con su esposa este divino ayuntamiento y

desposorio como la misma Santa lo escribe: «Representóseme el Señor, dice, por vision imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy: hasta ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo como Criador, como Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra es ya tuya, y la tuya mía. Hizome tanta operacion esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada y dije al Señor, que, ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecía la podía sufrir el natural. Estuve así todo el día

muy embebida: he sentido despues gran provecho y mayor confusion y afligimiento de ver que no sirvo en nada á tan grandes mercedes.» Y de allí adelante el ordinario lenguaje que entre Cristo y la Santa habia, eran estas palabras que el Señor la decía, con que Su Majestad y ella se regalaban y enamoraban más cada día: «Hija, ya eres toda mía: yo soy tuyo;» y esto no una sino muchas veces.

Enriqueció el Señor con tales favores á la que habia escogido para llenar el cielo de muchas almas, que ardía en grande amor de Dios Santa Teresa: afligiase mucho de las ofensas que hacia el mundo á su amado: sentía sobre-

manera el estrago que por aquellos tiempos había hecho la herejía en Francia y Alemania; y para restaurar cuanto pudiese por su parte el daño que el demonio hacía á la Iglesia, determinó resucitar el primitivo rigor de la regla del Cármen, que dió San Alberto, é inspirada de Dios, y con promesa suya del feliz suceso que tendría, fundó las monjas carmelitas descalzas, y luego los frailes de la misma órden, y rigor de regla, persuadiendo á algunos Padres de su órden, diesen principio á los descalzos, y á la rigurosa observancia de la regla primitiva: de los cuales fué el primero y capitán de los demas el Padre San Juan de la Cruz, varon de admira-

ble espíritu y santidad, como sus libros y fama testifican: el cual, dando principio á la vida descalza en un pequeño lugar llamado Duruelo, fué como semilla de la gran posteridad de tantos hijos insignes en virtud, que extendidos despues por toda España, Italia, Francia y las demas provincias de la cristiandad, son ejemplo y edificacion en la Iglesia, y singular honra de esta insigne Santa madre y fundadora suya. Fundó el primer convento de sus monjas, que fué San José de Avila, para cuya fundacion la animó muchas veces Jesucristo. Otra vez vió á la Virgen á su lado derecho y á San José al izquierdo, que la vestían de una capa de mu-

cha blancura, con que la dieron á entender que ya estaba limpia de sus pecados. Acabada de vestir de aquella ropa hermosísima, la dijo la Madre de Dios que la daba mucho contento en servir al glorioso San José, y que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho su Hijo, y ellos dos: que no temiese habría quiebra en esto jamás, porque ellos la guardarían: porque su Hijo había prometido andar con ella en el negocio de la fundacion, y en señal que era verdad la daba aquella joya, y echóla al cuello un collar de oro, asida á él una cruz de mucho valor, todo tan hermoso, que no tenía comparacion todo lo hermoso y pre-

cioso de la tierra con aquel oro y piedras: con lo cual quedó la Santa llena de ternura y gozo de su espíritu, y animada grandemente para vencer todas las dificultades que se la ofrecían.

Estándose edificando el convento, cayó un pedazo de pared sobre un sobrino de la Santa, hijo único de sus padres: tomándole una devota señora en los brazos que tenía bien conocida la gran santidad de Santa Teresa, no dudó de verle resucitado por medio de sus oraciones; y así la dijo: «Este muchacho está muerto; pero el poder de Dios no es limitado, que si quiere darle vida, puede: mire lo que han sacado su hermana y su cuñado de su casa, y cuán lasti-

mados quedarán: alcance de Dios, hermana, que le vuelva la vida.» Súpolo su madre, y deshaciéndose en lágrimas, instó á Santa Teresa su hermana, le resucitase. La Santa, movida á compasión, hizo oracion por él, y luego comenzó el muerto á revivir, como si despertara de un sueño, diciendo la Santa á su hermana, que tomase ya á su hijo: el cual quedó bueno y sano.

Al fin, despues de muchas contradicciones y grandes trabajos que pasó la sierva de Dios, se acabó el monasterio y vió á Cristo Nuestro Redentor que la ponía una corona, agradeciéndola lo que había hecho. Despues vió á la Virgen Santísima con grandísima gloria,

vestida de un manto blanco, debajo del cual amparaba á la Santa y á todas sus monjas. Trató luego por revelacion que de ello tuvo, de fundar otros monasterios de monjas y frailes en gran pobreza y rigor como lo hizo, favoreciéndola en todo Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre. Después de la fundacion de Avila, fundó Santa Teresa en Medina del Campo, luego en Malagón, luego en Valladolid. Desde allí envió con licencias y patentes del General al santo padre Fr. Juan, á fundar en Duruelo, donde se descalzó. Después de esto fundó la Santa madre los conventos de Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas y Sevilla: de aquí

envió á fundar el convento de Caravaca; luego fundó en Villanueva de la Jara, en Palencia, Soria; luego envió á fundar el monasterio de Granada; despues fundó en Búrgos. En todas estas fundaciones la favoreció el Señor mucho.

Habiendo hecho la fundacion de Malagón, la regaló el Señor con una admirable visita que cuenta la Santa por estas palabras: «Acabando de comulgar, segundo día de cuaresma, en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en vision imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas en toda ella, que debía ser en donde hicieron llaga, tenía una corona de

gran resplandor. Como yo soy tan devota de este paso, consoléme mucho, y comencé á pensar, qué gran tormento debía de ser, pues había hecho tantas heridas, y á darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que ¿qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo? Díjome, que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa á hacer estas casas; que con las almas de ellas tenía él descanso: que tomase cuantas me diesen; porque había muchas que por no tener en dónde, no le servían; y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como esta, que

tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras; y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho cuidado en que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior; que él nos ayudaría para que nunca faltase .•

• Caminando una vez con las monjas que habían de fundar el convento de Veas, y pasando de noche por Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, habiéndose metido en unos grandes riscos y despeñaderos halláronse muy afligidos: Santa Teresa dijo entonces á sus monjas, que se encomendasen á San José; y habiéndolo hecho devotamente, oyeron

una voz como de hombre anciano que decía á los carreteros: «Teneos, que vais perdidos y os despeñareis si pasais adelante.» Pararon los carreteros á estas voces; y las personas que iban en compañía de la Santa comenzaron á gritos á preguntar al que les avisaba, ¿qué remedio tendrían para salir del estrecho y peligro en que estaban? Él les respondió que echasen todos hacia una parte, por la cual había tan mal paso que no fué menor milagro atravesár por él, que salir del peligro en que estaban.

Como se vió este caso tan maravilloso, quisieron algunos ir á buscar al que les había avisado: mientras ellos fueron á buscarle,

dijo la Santa á todas las religiosas con mucha devocion] y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir; que era mi Padre San José y no le han de hallar:» y así fué, que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle; y desde entonces caminaron las mulas con tanta lijereza, que afirmaban los carreteros con juramento que parecía que volaban; y todo era necesario para llegar aquel día á buen tiempo á Veas.

Habiendo fundado el monasterio de Villanueva de la Jara con gran necesidad y pobreza, al partirse de él, viendo que las monjas que quedaban no tenían con qué sustentarse, las prometió de parte de Dios, cuando se despedía de

ellas, que si viviesen religiosamente nunca las faltaria lo necesario; la cual promesa tornó á confirmar otra vez, respondiendo á una carta en que preguntaban si darian la profesion á nueve novicias que acababan, por ser suma la pobreza de aquel convento. La Santa escribió que las diesen la profesion, y que en nombre de la Santísima Trinidad, en cuyo día escribía aquella carta, las prometía que no las faltaria lo necesario, si fuesen las que debían; lo cual sucedió así; porque las sobraron limosnas para repartir á los pobres; y un año de grande hambre, cuando no se hallaba trigo en el lugar de Villanueva por ningun dinero, de modo que no

podían los de la villa favorecer á las siervas de Dios, ellas se sustentaron milagrosamente por espacio de seis meses que duró la hambre; porque con solo ocho ó nueve fanegas de trigo que estaban en el monasterio al principio de aquella carestía y no bastaban para el sustento de un mes, se sustentaron todo aquel tiempo las monjas tan cumplidamente, que las sobraba para dar largas limosnas á muchos pobres, multiplicándose aquella harina por virtud divina; porque la misma omnipotencia de Dios, que sustentó con cinco panes á cinco mil hombres, sustentó á sus siervas tantos meses con aquella poca de harina, en cumplimiento de la promesa que

las había hecho su Santa madre.

Acabada la necesidad del trigo, púsolas el Señor, para mayor demostracion de su gloria y providencia, en otra nueva y por ventura mayor que la pasada; y fue, que luego el Setiembre del mismo año, sucedió aquella enfermedad universal del catarro; y así por estar toda la gente enferma y ser el lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las monjas hacían, y estar tambien muchas de ellas enfermas para hacerla, vino el monasterio á cargarse de enfermas y necesidades. La priora, que en el pueblo no hallaba remedio, escribió á una persona eclesiástica, rica y poderosa, representándole su gra-

ve necesidad y pobreza, y quiso el Señor que jamás le respondiese cosa alguna; y así se vieron destituidas de todo favor humano, y lo que más era, cerradas las puertas para buscarle: pero el Señor fué servido de proveerlas de las suyas adentro, por el medio que ahora diré.

Había en el convento un peral solo, no muy grande, y en este les libró el Señor toda su comida y sustento porque cargó de tal manera de peras, que cogían cada día todas las que eran necesarias para la comunidad, de las cuales comían unas veces cocidas y otras asadas, y cogían cargas para vender en el lugar, y con el dinero que sacaban de las peras, compra-

ban todo lo necesario para el convento; y era tanta la abundancia, que acudían muchas personas del pueblo, de ordinario, por peras para los enfermos, y á todos daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de más de dos meses; y con disfrutarle cada día con tan grande exceso, parecía que no se tocaba á él.

Otra vez, en otra grande necesidad que tuvieron, estando la provisora algo afligida y acaso estando pensativa, comenzó á escarbar en el cimiento de un corral de la casa, y halló sesenta reales, donde no se podía esperar que persona humana los hubiese puesto; porque las que hasta allí ha-

bian vivido en la casa, habían sido tan pobres, que para su comida no alcanzaban. Guardólos y comenzó á gastar de ellos; y multiplicó el Señor de tal suerte aquel dinero, que en más de un año se proveyó el monasterio de todo lo necesario, no más de con echar mano la provisora á la faltriquera, donde parece que tenía una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le faltase.

En otras cosas menores tuvo Nuestro Señor gran providencia con aquellas siervas suyas, á las cuales había prometido Santa Teresa el divino favor. Como una vez en el monasterio faltasen las ollas en que aderezar la comida,

y no hubiese en el lugar de donde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se había quebrado, y considerando que no tenía otro remedio, acordó de fregarlos y juntólos lo mejor que pudo, y con grande confianza en Dios puso en ellos la comida que había de guisar para la comunidad; hizo la olla su oficio, como si fuera de hierro ó del todo estuviera sana, y despues de comer la volvió á fregar la cocinera, cada pedazo de por sí, y los juntaba de nuevo cada vez que quería poner la olla, y perseveró en hacer esto mismo por espacio de un mes, hasta que hubo ocasion de comprar nuevas ollas.

— Con semejantes maravillas mos-

traba el Señor lo que se agradaba en las fundaciones que hacía Santa Teresa, y acreditaba la santidad de su sierva con muchos milagros que obraba por su medio. Estando una religiosa con la Santa madre que estaba escribiendo algunas cartas, la dijo: «Hija, si supieras escribir, ayudárame á despachar estas cartas.» Ella la dijo, que la diera alguna materia para aprender; dióla dos renglones de su letra, mandándola que aprendiese luego por ellos; y aquella misma noche escribió la religiosa una carta, y ayudó de allí adelante á la Santa madre á escribir las cartas, sin haberlo aprendido jamás.

A los principios de la fundacion de San José de Avila estaban sus

monjas muy afligidas y acosadas de estos gusanillos que comunemente llaman piojos, por ser esto un género de inmundicia que se cria entre la estameña ó lana de que son las túnicas de las religiosas, que traen junto al cuerpo. Pidieron todas ellas á la Santa madre encarecidamente, pudiese á nuestro Señor Jesucristo las librase de aquel trabajo, por la inquietud que las causaba en la oracion; ella lo hizo, y pidió á nuestro Señor aquella merced con grande instancia; y habiéndosela el Señor concedido, aseguró á todas las monjas de aquel monasterio, que vivirían libres de allí adelante de aquella penalidad.

Fué cosa grande, que mostró

grandemente lo que la Santa podía y valía para con Dios; pues no sólo en aquel monasterio, sino que en todos los demás de las monjas, no se vé ni se ha visto, dice el P. Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, más ha de cuarenta y tres años, rastro ninguno de esta inmundicia, con ser hábito de sayal y de jerga, y las túnicas de estameña, todo muy ocasionado para lo contrario: de tal manera, que las que estando en el siglo padecian algun trabajo en esto, en tomando el hábito, se las quita; y las que no han de profesar, no participan de este privilegio, como se ha visto muchas veces por la experiencia. Este raro milagro dura hasta hoy,

en que se echa de ver, como vive en estas santas religiosas el legítimo espíritu de Santa Teresa.

Estando la Santa madre en Avila, y habiendo de salir á una fundacion, estaba su compañera, que era la venerable madre Ana de San Bartolomé, más había de un mes en la cama, enferma de unas recias calenturas: la noche antes que se partiese, fuéla á ver la Santa y hallóla con una gran calentura, y dijola: «Mire, hija, que se ha de ir conmigo mañana.» Ella respondió: «¿Pues como, madre? ¿No ve V. R. cuál estoy?» Replicóla la Santa madre: «Mi ida no se puede excusar, y ella habrá de ir conmigo:» sin decirla más palabra. A la media noche desper-

tó tan sana y tan buena, como si no hubiera tenido mal, y acompañó á la Santa madre su camino y esto le sucedió algunas otras veces con esta religiosa.

Tuvo clara y manifiestamente la gracia de sanidad; y con solo llegar sus manos curó á muchos enfermos. Estaba en Salamanca en casa de la condesa de Monterey una señora honrada llamada Doña Maria de Arriaga, mujer del ayo de los hijos de la condesa, muy enferma de un tabardillo: pidió la condesa licencia al provincial para que cuando la Santa viniese á Salamanca, entrase por su casa; hizolo así, y despues de haber visitado á la condesa, pidióla entrase á ver á la enferma. Entró

la bienaventurada Santa y púsola la mano sobre el rostro, sin que ella supiese en ninguna manera quién la tocaba, ni ménos que estuvise allí la Santa madre, porque la enfermedad la tenía muy fuera de sí; pero luego comenzó á decir con alta voz: «¿Quién me ha tocado que me siento sana?» quedando desde aquel punto con entera salud.

En el monasterio de Medina estaba la madre Ana de la Trinidad, que despues fué priora de aquella casa, enferma de una erisipela y de un encendimiento de rostro y narices muy grande, y siempre que la daba esta enfermedad, que era muy de ordinario, eran necesarias muchas san-

grias, y la inflamacion era de suerte, que temiendo los médicos peligro de cáncer, trataban de hacerla dos fuentes. Estando allí Santa Teresa, dióla la enfermedad á esta religiosa, juntamente con una grande calentura, y llevábanla á acostar las demas: luego que lo supo la Santa, hizola llamar: vino la enferma, y sin saber lo que la Santa madre queria, hincóse de rodillas delante de ella; trájola la mano por el rostro, donde estaba la erisipela y la dijo: «Confie, hija, que Dios la sanará.» ¡Oh maravilla de Dios! que desde aquella hora se sintió la enferma sin calentura, sin erisipela, sin dolor y sin enfermedad alguna, y por espacio de más de veinte años,

que despues vivió, jamás la volvió este accidente, con haber sido desde su niñez continuamente acosada de esta enfermedad.

Tambien fué cosa milagrosa el aparecimiento que hizo Santa Teresa en vida al Padre Gaspar de Salazar, Rector de la Compañía de Jesus que fué en Avila y en otras partes, y confesor de la santa madre, dándole algunos avisos para el provecho de su alma, estando él distante hartas leguas de donde la Santa estaba.

Otra vez, estando la Santa en Segovia, se apareció á una monja enferma, que estaba en Salamanca, bendiciéndola y regalándola, y llegándola las manos al rostro la decía: «Hija mía, no sea

boba ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeci6 por ella su Esposo, que es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozar6: y aquel mismo dia fué á gozar de Dios, muriendo con grande alegria de su alma.

Mayores maravillas fueron las de sus her6icas virtudes y dones del Espiritu Santo, con que enriqueci6 el Se6or á esta grande sierva suya, para que fuera dechado de perfeccion á tantas personas, como en la sagrada religion del C6rmen descalzo han florecido en santidad, dando á todas sus hijas é hijos singular ejemplo de toda perfeccion religiosa.

Fuera cosa muy larga si hu-

biéramos de tratar de todas las virtudes de esta gloriosa santa; porque en todas alcanzó un heróico modo de obrar y una perfeccion admirable. Solo diré algo de las virtudes que son más propias y más necesarias á los religiosos. Fué cosa de gran admiracion la maravillosa obediencia de Santa Teresa, con ser la fundadora de su sagrada religion. Primeramente, obedecía á sus confesores tanto como al mismo Dios; y decía, que si todos los ángeles del cielo se juntasen y la dijesen una cosa, y sus prelados y confesores otra, aunque supiese que eran ángeles, no haría sino lo que sus prelados la mandaban.

Tenia por èstilo ordinario, cuan

do el Señor la revelaba alguna cosa, particularmente si era cosa que la mandaba que ella hiciese, proponer á su confesor el negocio sin decirle nada de la revelacion, para que él lo mirase segun las leyes de la prudencia; y ella se ponía con grande indiferencia para obedecerle, aunque la mandase contra lo que en la revelacion había entendido, haciendo más caso de un punto de obediencia, que de cuantas revelaciones tenia; porque esto, decía ella, era lo más seguro, y no puede engañarse el que se guiare por aquí; pero lo otro, podía ser ilusion y engaño. Gustaba mucho la Santa madre, que la mandasen cosas dificultosas y que la costasen trabajo, y so-

lia decir, que ninguna cosa la mandaría su confesor, que la dejase por cosa del mundo, y cuando no la hiciese como él la mandaba, pensaría que andaba muy engañada.

Pesábale mucho que sus confesores la diesen razon de lo que la mandaban, y así se lo pedía, porque gustaba grandemente de la obediencia simple, pronta y ciega, como se verá por los ejemplos que ahora diré.

Habiendo la Santa madre escrito un libro, por orden de un confesor suyo, sobre los Cantares de Salomon, por sola una palabra que la dijo otro confesor, mandándola que quemase lo que había escrito, luego al punto lo hi-

zo, sin reparar en el trabajo que la había costado y las cosas tan buenas que allí tenía escritas, y el fruto que del libro se podía esperar. Y casi lo mismo la hubiera acaecido con el que escribió de su vida, que es el que ahora anda impreso con notable provecho de muchas almas: porque como el Padre maestro Bañes, confesor suyo, para probar su sentimiento, le diese á entender que conven-
dría quemar aquel libro, la Santa con grande igualdad de ánimo y prontitud de obediencia, le dijo que lo mirase, y como á él le pareciese, lo quemaría luego al punto.

Estando en el monasterio de Medina del Campo, y habiéndose

disgustado con ella un provincial de los padres calzados del Cármen, porque no había hecho una priora que él pretendía, la envió un mandato con censuras, que saliese luego de aquel monasterio, juntamente con la priora que había elegido, que era la madre Inés de Jesus: llegó este mandato ya tarde, y por cerca de Navidad: hacia una noche bien fría, y la madre estaba enferma de perlesía, y actualmente tenía otras enfermedades; pero en recibiendo la obediencia y precepto de su prelado, y pudiendo muy bien dilatar el cumplimiento de él para otro día, ó darle razon de lo que había hecho; no reparando en la salud, ni en su vida, salió juntamente

con la priora, como lo mandaba el provincial, con mucho contento y alegría; porque todo el que ella podía tener en esta vida, era el no hacer su voluntad. Y así, siempre que llegaba á un monasterio, en no habiendo priora, se sujetaba á la superiora; y con ser fundadora, se sentaba en los más humildes lugares. Para perfeccionarse más en esta virtud, procuraba mil invenciones santas. Cuando caminaba, daba siempre la obediencia á los religiosos y clérigos que iban en su compañía; y en los monasterios en donde estaba, á la priora.

Fué en la virtud de la castidad angélica tan excelente, y túvola en grado tan superior, que no sólo

conservó este precioso tesoro de la castidad todos los dias de su vida, sino que estaba tan pura, que no sentía las tentaciones molestas de la carne, más que si no estuviera vestida de ella; y esto más fué singular privilegio que la concedió Dios, que victoria ganada á punta de lanza: y aunque todas las virtudes resplandecian, no sólo en sus costumbres y acciones, sino tambien en su semblante; pero particularmente la castidad y pureza de su alma se manifestaba más en su rostro y compostura, y con ella atraía y aficionaba á esta misma pureza á los que hablaba y trataba; de manera que la persuasion más eficaz para la castidad era la vista de su sem-

blante. Este dibujo de castidad que traía estampado en su rostro, era un retrato, ó por mejor decir, una sombra de su castidad y pureza interior, que era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni áun en la misma imaginación, ni en vigiliass, ni en sueño, ni en ningun tiempo, ni en ocasion alguna, jamás se oía ni veía en ella rastro de este enemigo comun y casero; porque, como profetizó Oseas, el Señor le había quebrado el arco y la espada, y ahuyentado la guerra de su tierra, y dándole lugar para que durmiese y reposase en sus brazos, sin temor de estos enemigos.

En fin, fué tanta la limpieza no sólo de su alma sino tambien de

su cuerpo, que parece increíble; porque por privilegio particular vivía con ignorancia de esta pasión: y así muchas religiosas afirman en sus dichos, que si acontecía que alguna como á madre ó prelada la comunicaba alguna tentación contra la honestidad y pureza, era la cosa donde se hallaba más atajada, y decía la fuese á comunicar con alguna persona que la entendiese, que por no haber ella experimentado semejantes tentaciones, la parecía estaba inhábil para dar el remedio: lo que no respondía á otras ningunas que la comunicasen.

No fué menos extremada Santa Teresa en el espíritu que tuvo de la pobreza evangélica, no que-

riendo cosa de esta vida: era muy amiga de traer el hábito viejo y remendado para ayudar tambien con la pobreza del vestido á la humildad y desasimiento del alma. Solía vestirse los hábitos viejos que otras dejaban, y cuanto más iba en esto contra su natural inclinacion que era de toda limpieza y aseó, tanto mostraba más su mortificacion y el amor que tenía á la santa pobreza; y así cuando andaba con un hábito roto, andaba la más contenta del mundo. Abominaba en sus monjas todo lo que olía á curiosidad, así en él como en otras cosas; porque la parecía que de las vanidades ninguna podía ser mayor que el sayal y vestido que se trae para

muestra del menosprecio del mundo, sacarle de su paso y adulterarle, buscando en él curiosidad y vanidad. Y para que las monjas estuviesen desasidas, así del hábito, celda, libros, ú otras cosas que se las permiten á uso en las cuales suele cebar el demonio á algunos con un asimiento y aficion como si fueran propias, y con un alfiler ó niñerías semejantes impide á veces tan alto aprovechamiento, como si fueran grandes tesoros; para evitar tantos inconvenientes, solía la Santa hacer que las trocasen y mudasen, quitando con esto el asimiento y aficion que del uso de estas cosas se suele pegar al corazon. Trabajaba siempre de manos para ga-

nar la comida como pobre. No quería recibir por limosna joyas ni otros dones de estima. Dábala gran contento cuando, estando en alguna fundacion, la faltaba algo de lo necesario, de comida, de cama ó de otra cosa. Estando en la de Alba, no tenían servilletas, y queriendo las monjas enviárse-las á pedir á la fundadora de aquel monasterio, la Santa no lo consintió, para gozar de aquel privilegio; y esto mismo la pasaba en mil ocasiones, y no quería que sus monjas tuviesen más alhajas de aquellas que eran tan necesarias, que no se podían excusar para acomodar la casa; y así dejaba el monasterio é iglesia que fundaba, con grandísima pobreza,

hasta que los de fuera por su devoción se movían á darlas lo que tenían necesidad, en lo cual mostraba bien, no sólo su pobreza, sino su fe.

Confesaba la Santa que por el bien de sus monjas le había dado el Señor á entender los grandes bienes que hay en la santa pobreza, y trataba de ella con gran gusto y estima: «Es un bien, decía, el de la pobreza, que todos los bienes del mundo encierra en sí, es un señorío grande señorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza tomada por sólo Dios, trae consigo una gran honra, no ha menester á nadie sino á él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo de

menester á nadie. Nuestras armas son la santa pobreza: esta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras y mucho más en el pensamiento.» Quería asimismo que sus casas y alhajas de ellas fuesen pobres; y así en las que hacía ponía cruces de cañas y de palos toscos, sin labrar. Encargó la pobreza y estrechura de los edificios de los monasterios, así para los frailes como para las monjas. Parecía la gran monstruosidad ver gente pobre y descalza en grandes edificios, y gran locura, como ella decía, que las casas de gente descalza hagan mucho ruido, cuando se hayan de caer el día del juicio.

Aumentaba al espíritu de pobreza el gran amor y estima que hizo de la penitencia y rigor. Con estar cargada de enfermedades, porque era muy molestada del mal de corazón, del dolor de ijada y de perlesía, y de otros achaques, compañeros de tantos duelos; y sobre todo, padeció por espacio de cuarenta años graves enfermedades y continuos dolores, nacidos de tanto desconcierto y desproporcion que tenía en los humores, jamás volvió las espaldas al rigor y penitencia, ni perdonó el mal tratamiento de su carne: porque en lugar de la cama regalada, que era bien necesaria para sus enfermedades, dormía en uná poca de paja; y esto, aunque la

apretasen algunas de las enfermedades dichas, y si no era muy grave, apenas admitía colchon, ú otro regalo de lienzo. Por mucho tiempo trajo tan áspero cilicio, que la causaba en la carne muy lastimosas llagas y este pocas veces lo dejaba, cargada de años y de perlesia y otras enfermedades.

Su túnica era siempre de lana; sus vigiliass eran continuas, en las cuales se la pasaba la mayor parte, ó casi toda la noche en oracion; porque su sueño era tan escaso, que el reposo que daba al cuerpo enfermo y cansado de tantos negocios, y á veces de largos caminos, no excedía de tres horas, y á lo más largo de cuatro. En el ayuno y abstinencia era tan rigu-

rosa, como en lo demas. Su comida ordinaria era un huevo ó sardina, algunas legumbres, y otras veces unas puches; y cuando sentía alguna necesidad, su regalo era un poco de pan frito en aceite. No bebía jamás vino; no comía carne, sino con grave enfermedad; y esto había de ser con estrecha obediencia de sus confesores; y entonces comía un poco de carne; porque más que esto la parecía gran exceso y regalo. Y así, purgándose un día en Salamanca, la trajeron para comer de una gallina; y aunque se lo rogaron mucho sus hijas, diciéndola, que más las edificaría comiendo de ella, que no con la abstinencia que hacía, no pudieron alcanzar

de ella que la comiese, más que un poco de carnero cocido. Guardó estrechamente los ayunos de la órden, que son casi ocho meses del año: pero de esto no me maravillo; porque estaba tan absorta en Dios, que no había pena, ni trabajo alguno que así le hiciese perder los estribos, como el haber de esforzarse á comer alguna cosa: y lo que más admira, es, que estando acostada en la cama, cargada de dolores y enfermedades, la vieron muchas veces, en tiempo que la comunidad estaba en disciplina, levantarse secretamente y hacer ella otro tanto en su celda.

Tratábase de ordinario, no como monja, sino como ermitaña:

no como enferma sino como robusta y sana: no como inocente y pura, que lo había sido su alma de toda culpa grave, como lo dijo el Sumo Pontífice que la canonizó en la bula de su canonización, y en las relaciones de la sagrada Rota, sino como si hubiera sido la mujer más profana y pecadora del mundo; y así, en ninguna cosa perdonaba el mal tratamiento de su cuerpo. Decía muchas veces la Santa, que daba Dios gran gloria en premio de la penitencia que acá se hace; y que aunque no la hiciéramos, sino por imitar á Jesucristo, que no tuvo hora de descanso en esta vida, no la habíamos de dejar.

Nacía este rigor tan raro de un

grande aborrecimiento que de sí tenía, fundado en un vivo conocimiento de sus pecados y profundísima humildad; porque estaba toda sumida en el abismo de su nada, y tan enterada de las muchas ofensas que había hecho á Dios, y del gran castigo que merecía, que por ella ninguna cosa se la ofrecía de trabajo ni de menosprecio, por grande que fuese, que llegase á lo que ella sentía de sí; y así estaba tan baja y tan honda, que por mucho que cavasen en ella con las injurias, oprobios y menosprecios, no podían llegar al profundo donde ella estaba sumida, porque si la decían que era engañadora ó mala mujer, ú otros testimonios semejantes que de es-

tos no la faltaron muchos, aunque ella por la bondad de Dios echaba de ver que no tenía estas faltas, pero mirando sus pecados la parecía que virtualmente en haber ofendido á nuestro Señor había cometido toda maldad y pecado; y así hallaba á su parecer, en sí mucho más mal que el que la atribuían; y por esta razón que era la que hacía á la Santa tan humilde, la parecía que todos la tenían en cuanto mal podían imaginar y decir de ella, y buscaba otras mil razones para disculparlos, y para dar á entender que era verdad todo cuanto de ella decían, y que tenían razón en cualquier mal tratamiento que la hacían. Las honras la eran un dolor y

carga intolerable; y por esta causa sentía en el alma escribir las mercedes y favores que el Señor la hacía, y mucho más cuando sospechaba se habían de saber: y así dice en el fin del libro de su vida, que sintió mucho más escribir las mercedes que el Señor la hacía, que sus pecados. Y por no ser conocida ni tenida por buena, pidió á nuestro Señor la quitase los arrobamientos públicos, y costóla hartas lágrimas y oraciones el alcanzarlo; y cuando se comenzó á tener alguna noticia y estima de su virtud, trató con grandes veras de irse del monasterio de la Encarnacion á otra casa de su órden, la más remota y apartada que hubiese, donde no

fuese conocida ni nadie se acordase de ella; pero sus confesores no se lo consintieron, porque Dios la tenía guardada para grandes cosas. Llegó á tanto la pena, que la daba sospechar que se podían venir á entender las mercedes que el Señor la hacía, que escogería antes que la enterraran viva, como ella escribe en su vida por estas palabras: «Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace, se habían de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos, que considerándolo de mejor gana me parece me determinara á que me enterraran viva; y así cuando me comenzaron estos grandes reco-

gimientos ó arrobamientos á no poder más resistirlos en público, quedaba ya despues tan corrida que no quisiera parecer en donde nadie me viera. Estando una vez muy fatigada de esto me dijo el Señor, que ¿qué temía? que en esto no podía haber sino dos cosas, ó que murmurasen de mí ó que alabasen á Él: dando á entender que los que lo creían lo alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa; y que ambas cosas era ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentacion que me queria ir de este lugar y morar en otro monasterio muy más encerrado que el en que

yo de presente estaba, que había oído decir muchos extremos de él. Era también de mi orden y muy lejos, que esto es lo que á mí me consolara, estar donde no me conocieran, y nunca me dejó mi confesor. »

— Llegó á tener tanto gusto en el propio desprecio, que decía no había para ella música más concertada y agradable como cuando la decían sus faltas, porque no solo quería ser humilde sino también humillada de todos.

— Cuando estaba en el coro, si se le ofrecía alguna duda en el rezado por muy pequeña que fuese, y á veces aunque parecía que la sabía, allí la preguntaba á las novicias y á las niñas del monasterio

para más humillarse. Y porque le parecía que todas las demas aprovechaban en el servicio de Dios y ella quedaba muy atrás y que no merecía servir aquellas religiosas; en saliendo del coro iba secretamente á cogerlas los mantos que allí dejaban. Fué siempre con esta determinacion de no excusarse por culpada que fuese. Gustaba de los oficios más humildes hallando en ellos á Dios. De la cocina hacía oratorio, y allí era para ella el *Sancta Sanctorum* donde ofrecía sacrificios de alabanzas á su esposo, donde ella trataba y conversaba con él, y él la visitaba y regalaba dulcemente, no extrañándose del lugar ni del oficio; y así entrando las reli-

gias á deshora á la cocina, hallaban á la Santa con la sartén en la mano puesta sobre el fuego y el corazón abrasado en el de Dios, toda elevada y fuera de sí, con un rostro muy hermoso y resplandeciente, y la sartén tan fuertemente apretada que no se la podían sacar de la mano.

En estos y en otros oficios bajos y humildes, que era barrer y fregar, se ocupaba muchas veces, y siempre se inclinaba á lo que más decía con su condición y virtud de humildad que era á lo más vil y bajo: y si otras barrían la casa, el claustro, las oficinas y celdas, ella escogía barrer y limpiar las inmundicias del corral, y otros lugares semejantes, y allí

sentía grandísima fragancia de suavísimos olores. Acaecíala muchas veces levantarse antes que las demás á coger la basura del convento, y cuando se ofrecía hacer alguna obra, la primera que tomaba la espuerta y la escoba era la Santa, y sacando esfuerzo de su espíritu vencía la flaqueza del cuerpo y de sus enfermedades y lo que era más de su condicion natural. Y cuando por las ocasiones graves de los negocios, ó la demasiada flaqueza del cuerpo no la permitían hacer lo que las otras; porque no se la pasase día sin dar algun ejemplo de humildad cuando para otra cosa no estaba, tomaba el candil para alumbrar á las religiosas, cuando salían del

coro ó entraban á otros lugares comunes que suele ser oficio de las más nuevas en años y religion. Si veía alguna religiosa que padeciese alguna enfermedad asquerosa, ejercitando juntamente la mortificacion y humildad se llegaba á ella, y la regalaba y besaba las manos y comia de lo que ella estaba comiendo, y hacía otras demostraciones de su grande amor siendo naturalmente muy limpia y teniendo estómago y condicion natural muy contraria á estas enfermedades.

Fué entre todos singularísimo el ejemplo que dió esta bienaventurada Santa de su humildad, saliendo una vez al refectorio delante de toda la comunidad, ar-

rastrando por el suelo con piés y manos, como suele andar una bestia, con un seron de piedras encima de sus espaldas, con una soga en la garganta, y una hermana que la llevaba del diestro, diciendo públicamente sus faltas; significando con esta figura y espectáculo de humildad, su deseo de ser tenida por bestia, y la estima y reputacion que de sí tenía. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja diciendo tambien sus culpas con grande humildad, y con grande sentimiento y lágrimas de las que las oían. Solía tambien salir en medio del refectorio á decir sus culpas, y pedia perdon á la priora y á las monjas de las faltas que en aquel

día había hecho, como si fuera la menor de todas ellas; y algunos días comía en el suelo, estando las demás sentadas á la mesa, dando con esto ejemplo á sus monjas, y muestras claras de su grande humildad.

A estos actos heróicos de virtud añadiré otro no ménos levantado; y fué que como la Santa era tan humilde, le parecía habia comenzado á ser religiosa, y queriendo que las demas compañeras suyas entendiesen esto, estando en Toledo, pidió á su prelado, que entonces era el padre Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, que le quitase el hábito, y la dejase andar sin él algunos dias como si fuera seglar y pretendiese el hábito, y que

se lo diese despues quando á él lo pareciere. El prelado, viendo la devocion y humildad con que le pedia, condescendió con su peticion, y haciéndola quitar el hábito que ella traia, la dejó por dos ó tres dias de esta manera; y entonces andaba la Santa tan humilde como contenta. Despues, al cabo de tres dias vino el prelado á darle el hábito, y ella lo recibió con las mismas bendiciones y ceremonias, como si aquel mismo día tomara el hábito para novicia. Estaba con tanto espíritu, mientras se decían las oraciones, que se quedó arrobada en presencia de todas: y otro día recibió el velo con otro grande arrobamiento, quedando con una extraña hermo-

sura en el rostro, con que mostraba claramente la que tenía en el alma, y cuán de veras sentía lo que en lo exterior mostraba.

¿Qué diré del encendido amor de Dios que tenía Santa Teresa, sino que parecía igual á aquel en que los serafines se abrasan el que Dios puso en esta Santa virgen, que segun las muestras y finezas que en esta vida dió de él, no hallo en la tierra con qué compararlo? Porque á la manera que los serafines son todos una llama y un fuego vivo continuo encendido y penetrativo, así el amor de esta Santa fué para con Dios en perseverancia continuo, en fervor ardentísimo y en la fuerza muy penetrante: que estas son las propie-

dades altísimas que San Dionisio Areopagita pone en el amor de los serafines. Andaba siempre tan encendida en amor, que hecho su corazón una brasa, de continuo despedía de sí fuego y encendimiento de amor, y toda andaba embobada y empapada, si así se sufre decir, en Dios. Aquí tenía siempre sus deseos: allí eran de continuo sus pensamientos; y allí vivía: estas eran sus ansias: esta era su comida, su sueño, su trato y conversacion; porque ardía de continuo en su corazón tan grande afición que la sacaba fuera de sí, y la robaba el pecho, el amor y el deseo, y de tal manera la transformaba en Dios, que andaba como si estuviera en otra región,

y las cosas de esta no la tocaran, que no parece que estaba su alma donde tenía su cuerpo.

Los negocios y embarazos que se le ofrecían, y lo que más es el comer y beber, y todas las demás cosas que la ocupaban y quitaban de estarse absorta en Dios gozando de su sabrosa conversacion, le era muy penoso. Y como el que está inflamado con alguna calentura aborrece y abomina cualquiera mantenimiento que le ofrecen por más gustoso que sea, por razon del fuego y mal que le abraza; así ella, por estar tan encendida con el fuego del espíritu celestial, no arrastraba cosa de la tierra, ni le daba gusto nada de ella. Y á la manera que el fuego

embiste con su calor al agua, y la hace perder su frialdad y subir arriba con grande impetu y calor; así hería el fuego divino con tanta violencia al corazón de esta Santa, que causaba en ella unos ímpetus de Dios y deseos de verle tan excesivos, que la hacían salir el alma de los sentidos, y á veces la ponían en ocasión de salir también del cuerpo. Eran estos ímpetus y deseos de ver á Dios, y la pena de carecer de él tan grande, que como ella confiesa, le enajenaba de sentido; porque era una manera de arro-bamiento penal, que casi le quitaba todos los pulsos, y la ponía tan en las puertas de la muerte, que como ella decía, creía que estas

ansias de Dios le habían de quitar la vida. Moría, porque vivía: y no podía valerse con la vida; y á su parecer hacía mucho en sufrirla; y así venía á tener en el mayor deseo la muerte y en la mayor paciencia la vida. No podía sino pedir á Dios la muerte, porque no hallaba remedio en la vida.

Creció tanto el amor y vino á ser el fuego tan penetrante, que llegó á hacer su alma tan una con Dios, como lo son dos luces que entran en un aposento por diferentes ventanas, ó como dos aguas que, estando antes divididas, se vienen á juntar en una; que son dos ejemplos de que ella usa en sus libros: no porque se

viene á hacer una sustancia con Dios, sino un amor y un espíritu. Tenía una invencible resolución de no dejar de hacer cosa alguna que entendiése era más perfeccion y servicio de Dios, aunque fuese á costa de su descanso, de su sangre y de su vida, de suerte que tenía por regla, no como quiera la voluntad y gloria de Dios, sino aquello que entendía que era mayor gloria y honra suya. En esto quiso hacer de su virtud necesidad; y para darle toda la perfeccion á este modo de obrar tan divino y propio á los ángeles que moran en el cielo, lo confirmó con voto. Pues el amor que con tanto pudo, sin duda tiene gran fuerza, y es grandísimo el fuego que á tan grandes

cosas se extiende, y que tanta leña consume y abrasa; porque aunque parece este voto una simple promesa, es una determinacion que abraza en sí todo lo más alto y apurado de la perfeccion cristiana, que no es una sola cosa, ó pocas cosas, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin número; porque trae consigo una obligacion á hacer siempre lo que Dios manda en su ley, lo que su órden dispone en su regla y constituciones, y á cumplir todo lo que la razon dicta, lo que la justicia manda y la fortaleza pide, y la templanza y prudencia y todas las demas virtudes establecen y ordenan: y para decirlo todo en una palabra, es

negar todos sus propios gustos, por gustar solamente de lo que Dios gusta y quiere. Todo esto es lo que prometió en este voto, y salió valerosamente con el cumplimiento de él, ayudada del amor que tenía á Jesucristo, en quien, como decía San Pablo, todo le era posible y hacedero.

La caridad que tenía la Santa con los prójimos, era cortada al molde de la caridad tan abundante y encendida que tenía de Dios. Este amor y deseo de la salud de las almas, la hizo ponerse en tantos trabajos y andar casi diez y seis años cargada de dolores y enfermedades, peregrinando por toda España con fríos, con aguas, con calores grandes, para fundar

monasterios, en que recogidas muchas de ellas, como en otra arca de Noé, fuesen salvas de los peligros del mundo. Y aunque deseaba mucho que todas sirviesen á Dios, cuando veía alguna persona de gran talento, íbase á nuestro Señor con unas ansias que no se podía valer, y con gran fervor le decía: «Señor, mirad que este es bueno para nuestro amigo,» pareciéndole que una persona tal, siendo perfecta, haría más provecho que muchas ordinarias.

Tenía un gran cuidado de la salud y conversión de los pecadores; y lo que más pena le daba, era la caída de los buenos. El multiplicarse las herejías y necesidades de la Iglesia, era una sae-

ta que siempre traía atravesada en el corazón, y un despertador continuo de sus lágrimas, y unas espuelas para hacer grandes penitencias. Así hizo en orden al remedio de estos daños, y para satisfacción de sus deseos, todo lo que pudo hacer según su estado y su condición. Rasgábasele el corazón á la Santa de ver la tiranía con que el demonio trataba y tenía oprimidas las almas de los herejes y de otros pecadores, criadas para el cielo y redimidas con la sangre del mismo Dios, sin hallar medio para su desengaño. Las noches casi las pasaba en vela, orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios le hiciese merced de alumbrar aquellas almas

que tan lastimosamente estaban engañadas. Mil vidas diera por remediar una alma, y de cualquier gozo aunque fuese muy espiritual, se privara de muy buena gana por el aprovechamiento del prójimo.

El fruto que hizo en las almas, y conversiones admirables que por las oraciones y medio de Santa Teresa se hicieron, pide una larga historia porque fueron muchas y por toda su vida; porque por toda ella la abrasó el celo de la casa y honra de Dios. Los trabajos que pasó por sus prójimos fueron muchos; pero muy pocos le parecían á su excesiva caridad, deseando padecer más y más por Jesucristo nuestro Redentor, y sus

redimidos. Este era su continuo pensamiento, este su deseo, este el único consuelo que tenía en esta vida, y con que acallaba y entretenía los grandes ímpetus y deseos que tenía de morirse por ver á Dios.

El padecer le hacía agradable vida tan enojosa, y breve peregrinacion tan larga y prolija, y segura navegacion tan peligrosa. Por esto, como otro San Pablo, sufría y deseaba el privarse del tiempo que la vida la durase de la clara vision y abrazos dulces de su Esposo Jesucristo: y como no vivía sino para padecer, así solo esto la daba contento y satisfaccion á su alma: y solía decir que para nada era buena esta vida sino para

padecer: para nada era corta y breve sino para trabajar. Por esto nunca cesaba de pedir á Dios le diese trabajos, ni se cansaba de padecerlos. No sólo no le cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo, y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenía ella por deleite y premio de sus trabajos; como se echó bien de ver en lo que ahora diré.

Estando la Santa madre en Avila en los años postreros de su edad, ofreciósele uno de los mayores trabajos que en su vida había pasado; y dijo entonces delante de una gran amiga suya con gran consuelo y ternura. Con este trabajo, Señor, me pagais

todos los que me habeis dado en mi vida. Con estas palabras dijo más de lo que yo aquí sabré declarar; porque no sólo dice en ellas el gusto grande que tenía en el padecer, sino que tenía puesta en esto la felicidad de la vida presente, como si Dios no la hubiera criado sino para trabajos, teniendo por corona y premio el padecer; porque estaba ya su alma tan transformada y connaturalizada en estos deseos, que solía decir que el padecer no tenía necesidad de otro fin sino padecer; significando la estima que tenía de los trabajos y el deleite que hallaba en ellos. Tenía muy frecuentemente en la boca y corazón estas palabras: Señor ó morir ó padecer. ¡Gran

indicio del sumo amor que á Dios tenía; pues estimaba más los trabajos pasados por su amor que la misma vida! Había pedido á Dios que nunca le faltasen dolores que atormentasen y afligiesen su cuerpo: y cumplióla el Señor estos deseos; porque ni la faltaron estos mientras vivió, ni jamás las que la trataron la vieron con salud; y si algun tiempo se le aliviaban sus trabajos y enfermedades, era cuando se le ofrecía alguna fundación. Por entonces suspendía Dios nuestro Señor el padecer para más padecer: y si acaso se veía apretada del algun dolor, disimulaba todo lo que podía para que las hermanas no lo echasen de ver y le quisiesen impedir tan

buenas ocasiones y tan agradables para ella, cuanto llenas de dificultades y trabajos.

No solo quiso probar el Señor á su sierva en estos trabajos y dolores causados de sus enfermedades, sino que para mayor premio y corona de su paciencia, dió licencia al demonio para que la atormentase en su cuerpo y emplease su malicia y fuerzas para vencer á la Santa, estando Él á la mira de todo, como en otro tiempo hizo con el Santo Job. Y como de ordinario por medio de la oracion é intercesion de la Santa, sacaba Dios á alguna alma de pecado, y por el consiguiente de la servidumbre del demonio, luego se vengaba de la Santa madre y la

atormentaba cruelmente. Entre otras una vez, la apretó con tan terribles dolores y tanto desasosiego interior y exterior, que la hacía estar dando grandes golpes con todo el cuerpo, brazos y cabeza, que parecía se quería deshacer y despedazar; pero ella entre tanto estaba pidiendo á nuestro Señor paciencia, y ofreciéndose como solía, á padecer y sufrir, si fuera voluntad suya, aquel trabajo y fatiga hasta el día del juicio, ó hasta cuando fuese su santísima voluntad. Despues de haber padecido por espacio de cinco horas, echó de ver al malhechor y causador de su daño; porque vió cabe sí un negrillo muy feo mostrando gran regaño, por-

que donde pretendió ganar había salido con pérdida. La bienaventurada Santa con gran serenidad de ánimo, echando un poco de agua bendita hácia donde estaba, le lanzó de allí.

Otra vez el demonio con furor y rabia infernal tomó una hacha de cera y le dió con ella tan grandes golpes, que la dejó medio muerta y muy desfigurada en el rostro; y tuvo con él otras muchas refriegas, que en ellas le apretaba y afligía con trabajos exteriores de visiones, amenazas, golpes y otros tormentos: y así la oyeron decir algunas veces que el demonio la afligía mucho con trabajos exteriores; pero ella triunfaba de él con humildad y paciencia.

Sufrió tambien de los hombres muchos malos tratamientos é injurias, con grande paz y gozo de su espíritu. En la fundación de Búrgos, porque nunca le faltasen trabajos que padecer, estando en una iglesia el jueves santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como la Santa no lo advirtiese, y por esto no se levantase tan presto para darles lugar, pensando que no hacía caso de ellos ni les quería dar paso, viendo el manto humilde y desechado que traía, pensaron que debía ser alguna mujercilla de condicion semejante al vestido, diéronla de coces para echarla á la otra parte, y con ellas la derribaron en el suelo. Cuando su compa-

ñera Ana de San Bartolomé acudió para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que había pasado.

Con el mismo contento y alegría sufrió unos chapinazos que le dió una mujer, estando en la fundacion de Toledo, oyendo misa en la iglesia de San Clemente. Estando en Sevilla, la levantó un sacerdote grandes testimonios, y andaba el negocio de manera que casi todo lo más principal de Sevilla estaba con grandes preñeces esperando que cada día habían de llevar á las pobres monjas á la Inquisición. Viniendo un dia el Padre Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, que ya estaba en Sevilla, á visitar á la Santa madre, vió en la

calle muchos caballos y mulas: y sabiendo que eran de los señores inquisidores y ministros, que estaban en el monasterio para averiguar la verdad de este caso, y el clérigo á una esquina esperando cuando las habían de llevar presas, dióle gran miedo y turbación; y llegando á hablar con la Santa, hallóla muy alegre y contenta, esperando si por ventura se le ofreciera alguna afrenta que padecer; que de cualquier trabajo é infamia, como ella no tuviese culpa, gustaba como si fuera la cosa más dulce y sabrosa del mundo: pero viendo tan turbado y afligido al padre, dijole que no tuviese pena: que Dios quería mucho la honra de sus siervas, y no consentiría

en ella tal mancha ni afrenta; que ya Dios nuestro Señor la había dicho en la oracion que no temiese, que todo sería nada, y que los que pretendian oscurecer la verdad no saldrian con su intento: y así fué, porque aclararon los señores inquisidores la verdad y dieron muy grande reprehension al clérigo: y para certificarse más del espíritu y manera de proceder en la oracion de la Santa, acudieron al Padre Rodrigo Alvarez, varon muy espiritual de la Compañía de Jesus, á quien la Santa madre dió una relacion por escrito de su vida; y él la aprobó y mostró á los inquisidores: y con esto cesó el alboroto, y por este medio vino á ser más conocida y

estimada la virtud y santidad de la Santa y sus monjas.

Conforme al excesivo amor que tenía á Dios Santa Teresa, la sublimó el mismo Señor á un tan alto modo de oracion, que más parecía de ángel que habitaba en los cielos, que de persona que vivía en este destierro y valle de miserias, y nadie la pudiera dar á entender sino ella misma, en aquellos libros admirables que escribió para enseñanza de muchos y admiracion de todos, escogiéndola Dios para doctora y maestra de oracion y espíritu. Fueron grandes y muy frecuentes los arrobamientos y visiones, hablas interiores y revelaciones, sabiduría infusa, don de profecía, y otros

grandes favores que la Divina Majestad comunicó á esta Santa virgen.

Muchas veces fué vista levantada de la tierra y toda absorta en Dios, y que el rostro tenía lleno de resplandores, como otro Moisés, que alumbraban los aposentos oscuros. Los que la comulgaban la solían ver con el rostro todo resplandeciente. Con los mismos resplandores la vieron muchos cuando escribía los libros admirables que compuso.

Otra vez, estando en capítulo con sus monjas, echaba tantos rayos de sí que ilustraba todo el capítulo. A los principios, andando con grande temor de ser engañada, le aparecieron los bienaven-

turados apóstoles San Pedro y San Pablo en el mismo día, y le prometieron no sería engañada del demonio: ello se cumplió así, pues con haber tenido tantas cosas de Dios y tan extraordinarias, jamás el demonio la pudo engañar.

Supo la muerte de aquel admirable varon y gran siervo de Dios, San Pedro de Alcántara, un año antes que sucediese. Revelòle nuestro Señor algunas veces que había de morir de repente Doña María de Cepeda, su hermana: dijolo á su confesor, y con su licencia fué á una aldea donde estaba su hermana, y sin decirle nada de lo que había visto, la comenzó á disponer para que se confesase á

menudo y se aparejase para cuando el Señor la llamase. Murió al cabo de cuatro años de repente, y dentro de pocos días la vió salir del purgatorio.

Más de veinte años antes que sucediese en Portugal la muerte del Rey D. Sebastian y de tanta nobleza de aquel reino, como murió en Africa, vió la Santa un ángel con una espada muy sangrienta sobre el mismo reino de Portugal; dándole á entender la mucha sangre que de él se derramaría: y al cabo de estos años, estando ella afigiéndose delante de nuestro Señor de tan grande pérdida de un Rey y de tanta gente, le dijo nuestro Señor: «Si yo los hallé dispuestos para traerlos á mí, ¿de

III

qué te fatigas tú? Vió tambien el mismo ángel con la espada desnuda y sangrienta sobre el reino de Francia, y dióle el Señor á entender la ira que entonces tenía con aquel reino, y profetizó las herejías que se habían de levantar.

Vió de algunas religiones grandes proezas que han de hacer en tiempos venideros en servicio de la Iglesia, como ella largamente escribe en el cap. 38 de su vida. Revelóle nuestro Señor: que vería muy adelante en sus días la orden de la Virgen, que ella había reformado por estas palabras: «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelante la

orden de la Virgen. Esto entendí del Señor mediado Febrero, año de 1571. Consolóse mucho la Santa madre: lo uno con esta corona que el Señor la ofrecia; y lo otro con ver que el Sumo Pontífice del cielo, Cristo nuestro Redentor, confirmaba con estas palabras el título que sus vicarios en la tierra habían declarado con la autoridad apostólica en favor de su religion, contra muchos émulos que á los principios que esta orden vino á Europa, envidiosos de tan glorioso renombre, procuraban contradecir el título tan ilustre que tiene desde el tiempo de la primitiva Iglesia, de religion de la Virgen María del Monte Carmelo.

Vió cumplida la Santa madre Teresa en sus dias esta profecía; pues antes que muriese dejó aumentada su religion en gran número de monasterios y sugetos; y, lo que es más de estimar, en grados de perfeccion: y para mayor consuelo suyo le mostró Nuestro Señor, no solamente lo que había de ser de esta nueva planta en su vida, sino tambien el crecimiento que tendria despues de muerta, y el fruto grande que haria en los tiempos venideros en la Iglesia, como ella escribe en su vida por estas palabras:

«Estando otra vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióseme un Santo cuya órden ha estado algo caída: tenía en las

manos un libro grande: abrióle, y dijome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decían así: En los tiempos advenideros florecerá esta órden, y habrá muchos mártires. Otra vez estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serían de esta misma órden, con espadas en las manos: pienso que se da en esto á entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oracion se arrebató el espíritu: parecióme estar en un gran campo donde se combatían muchos; y estos de esta órden peleaban con gran fervor: tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo

vencidos, otros mataban: parecía-me esta gran batalla contra los herejes. »

Calló la Santa madre el nombre de su religion por algunos honestos fines; pero es cierto como se supo de la misma Santa Teresa, que hablaba de la nueva reforma que ella fundó. A más de esta profecía de su religion, la dijo otra vez Nuestro Señor, no se desharia la nueva reforma de los descalzos que entonces estaban muy perseguidos, sino que antes irían creciendo.

Estando en la fundacion de Segovia, le reveló Nuestro Señor por medio de San Alberto, Santo de su órden, la separacion de los descalzos y de los padres calzados.

Cuatro años antes que se acabasen las persecuciones y trabajos que los religiosos descalzos padecían, que fueron grandísimos, vió un mar muy grande y muy alterado de persecuciones, y con esta vision le dió el Señor á entender que como los egipcios se habían hundido en el mar, cuando iban persiguiendo los hijos de Israel, y el pueblo de Dios pasó libre, así su órden quedaría libre, y los que la perseguían ahogados y vencidos.

Tuvo tambien revelacion de la religion de la Compañía de Jesus, y lo dejó escrito de su propia mano en el libro que se guarda en San Lorenzo del Escorial, donde dice: *De los de la órden de este

Padre, que es la Compañía de Jesus, y de toda la órden junta he visto grandes cosas: vílos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas de grande admiracion; y así tengo esta órden en gran veneracion, porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.» Y estando ella maravillada y contenta por la mucha devocion que tenía á esta religion, la dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Pues si tú supieses cuánto han de ayudar estos á la Iglesia en los tiempos venideros.» Esta vision dice ella que vió algunas veces; y aunque en la Vida que se imprimió no se decla-

ra el nombre de la religion, está declarado en el libro que ella escribió, y en los demas que andan de mano. Las palabras que la dijo Nuestro Señor, puso despues más adelante en el capítulo 40, sin el nombre de la religion; pero es cosa ciertísima y sabida de su boca, todo lo que se ha dicho, como lo testifica el Padre doctor Francisco de Rivera.

En otra parte dice: «Estando en un colegio de la Compañía de Jesus, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, ví un pálido muy rico sobre sus cabezas: esto ví dos veces; cuando otras personas comulgaban, no lo veía.» De la misma religion de la Compañía de Jesus, advierten algunos

escritores de su vida que habla la Santa, cuando dice en el capítulo 40 de su Vida: «Estando una vez en oracion con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á Su Majestad por la Iglesia; dióseme á entender el gran provecho que ha de hacer una órden en los tiempos posteros, y la fortaleza con que los de ella han de sustentar la fe.»

Conoció tambien por revelacion que su confesor, aquel divino varon, el Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, se había de salvar, y la mostró Dios Nuestro Señor un eminente lugar que había de tener en el cielo; y

añadió que aquel Padre había llegado en la tierra á tan alto grado de perfeccion, que no vivía en aquel tiempo quien le tuviese tan alto, y que segun aquel grado de perfeccion se le habian de dar los grados de gloria en el cielo, y que él excedia en perfeccion á todos los que había entonces vivos en el mundo. Supo tambien la muerte de cuarenta padres y hermanos de la Compañía de Jesus que iban al Brasil, y los mataron los herejes. Iba entre ellos un devoto de la Santa Madre; y luego que los mataron, dijo al Padre Baltasar Alvarez, su confesor, que los había visto con coronas de mártires en el cielo. Despues vino á España la nueva del martirio y

dichosa suerte de estos religiosos. Del Padre Maestro fray Pedro Ibañez, religioso de la órden de Santo Domingo, y confesor que había sido mucho tiempo de la Santa Madre, con haber muerto treinta y cinco leguas de donde la Santa estaba, le reveló Dios luego su muerte, y cómo había ido al cielo sin pasar por el purgatorio.

Tuvo Santa Teresa singular devoción con el Santísimo Sacramento; la cual se la pagaba bien nuestro Señor en darle de ordinario al tiempo de la comunión grandes raptos, y en ellos luz de muchas verdades, revelaciones de grandes misterios y visiones muy subidas; porque de ordinario esperaba el Señor este tiempo para

hacerla estas mercedes. Vió muchas veces en la hostia consagrada al mismo Cristo, unas resucitado, otras puesto en la cruz, y otras coronado de espinas y de otras maneras: pero siempre con tan grande majestad, que le causaba temor y reverencia. Hacía este Sacramento grandes efectos en su alma; porque á la manera que saliendo el sol huyen las tinieblas y se deshacen los nublados; así, en llegando á comulgar cesaban las tentaciones y aflicciones, oscuridades y aprietos que en el espíritu padecía. Entonces no parecía que le quedaba de mujer sino sola la figura de haberlo sido, porque el alma, las potencias, los deseos y afectos, y todo lo que en ella

había, parece se le arrancaban para unirse y transformarse en Dios, con que quedaba toda enajenada y absorta. Este era el tiempo cuando el cuerpo también en compañía del alma se levantaba de la tierra, y parece quería él también salir de este mundo. Con llegar á comulgar con un color de tierra en el rostro, como quien estaba tan enferma y era tan penitente; luego que recibía el Santísimo Sacramento, como si le embistieran con algún rayo grande de fuego y de luz, y ella fuera de cristal, se le ponía el rostro hermosísimo, de color rosado que parecía transparente, y quedaba con una gravedad y majestad tan grande, que mostraba bien el

huésped que tenía consigo. Quedaba con este bocado del cielo, no sólo el alma, sino también el cuerpo bueno de sus enfermedades.

Comulgando un día de Ramos, cuando tomó en la boca el Santísimo Sacramento, antes que lo pasase, quedó con gran suspensión; de la cual como volviese al cabo de un rato, le pareció verdaderamente tenía toda la boca llena de sangre, y asimismo que todo su rostro y toda ella estaba bañada en la misma sangre, y tan caliente, como si entonces se acabara de derramar. Era excesiva la suavidad que con este baño sentía, y díjole el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aprove-

che; y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores; y tú la gozas con grande deleite como ves.» Otro día, estando en Sevilla, acabando de comulgar, sintió por una manera de vision delicada, que su alma se hacía una misma cosa con el cuerpo del Señor, á quien tambien vió entonces, y quedó de esta vision con grandes efectos en su alma y grande aprovechamiento en el amor y en las demas virtudes. Estando la Santa en la capilla de Santo Domingo del convento de Santa Cruz de Segovia, donde el Santo estuvo, vió al Santo que la estaba acompañando á su lado, y despues al tiempo de la comunión vió á Cristo nuestro

Señor á su mano derecha y á Santo Domingo á la izquierda, como antes; y volviéndose la Santa á hacer reverencia á nuestro Señor, le dijo: «Huélgate con mi amigo;» y con esto desapareció, quedando en su compañía Santo Domingo. Acabada la misa le dijo su confesor que si quería gozar de aquella compañía, se fuese á tener oración á la capillita más pequeña, donde estaba un Santo Domingo de bulto. Hizolo así la Santa Madre, y despues de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó, y dijo á su confesor cómo Santo Domingo habia estado grande rato con ella, y que le dijo: «Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido á esta capilla, y

tú no has perdido nada:» y luego le comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios, y las mercedes que de Dios había allí recibido en la oración. Y preguntándole la Santa por qué se le aparecía siempre á la mano izquierda, respondió: «Porque la mano derecha es de mi Señor.»

Infundió también Dios á Santa Teresa una sabiduría divina casi de repente; porque como ella antes fuese muy ruda é inhábil, no sólo para decir las cosas espirituales, sino también para entenderlas; en brevísimo tiempo le dió el Señor tan gran luz y tanta inteligencia de las cosas sobrenaturales y divinas, cual grandes teó-

logos con muchos años de estudio no pudieran alcanzar. Espantábase la Santa Madre de esta mudanza, y admirábase tambien sus confesores, como los que entonces no descubrían los fines que Dios en esto tenia; porque como la habia escogido para maestra y doctora de espíritu, no era mucho se mostrase tan liberal y magnífico, no solamente en darle en tan subido grado esta penetracion de misterios y conocimiento de cosas altísimas, sino tambien, por ventura era mayor gracia, palabras y estilo para declarar lo que de suyo es, por su alteza é incomprendibilidad, tan secreto y oculto. Clara señal es de esta sabiduría infusa los admirables libros que escribió

por revelacion que de ellos tuvo; pero esta no bastára: porque en cosa ninguna se guiaba por sola la revelacion, si juntamente no se lo hubieran mandado sus confesores.

Del libro de su vida dice en el prólogo de él: «Yo hago esta relacion que mis confesores me mandan: y aun el Señor sé yo lo quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido.» Del libro de las Fundaciones le mandó nuestro Señor expresamente que lo escribiese, como ella lo refiere en las adiciones de su Vida. El de las Moradas escribió, dándole el Señor la materia, la traza y el nombre para el libro. Y como Dios le mandó que escribiese estos libros, así parece, quiso mostrar ser el

autor de ellos; porque el modo con que la Santa madre los escribió, muestra no ser ella más que un instrumento suyo y que no ponía de su casa más que la mano y pluma. Muchas veces estando escribiendo estos libros, se quedaba en arrobamiento; y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. Estaba con la pluma en la mano, y con un resplandor en el rostro notable, que no parece sino que la luz del alma se transfiguraba en el cuerpo. Tenía el alma absorta en Dios, tanto, que aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba, ni lo sentía. Escribía, estando llena de ocupaciones y cuidados de tantas casas que go-

bernaba, acudiendo al coro con la puntualidad que las demas.

Escribía con gran presteza y velocidad; pero ¡qué maravilla, pues, como David dice, su pluma era movida por aquel escribano velocísimo! No parecía sino que tenía un molde en su entendimiento, de donde salían las palabras tan medidas y amoldadas, con lo que había de decir, que con escribir tantos pliegos, jamás se paró á pensar cosa de las que había de escribir; porque le dictaba el espíritu con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos, á todas diera que hacer, y las cansara, sin que le faltara materia. Por todo esto merece la calificación que la dá la Iglesia en la oracion del

oficio de esta Santa, en las lecciones de maitines, y en la bula de su canonizacion, llamándola «celestial»; y los auditores de Rota dijeron, que es doctora y maestra, que Dios preparó para su Iglesia, y que escribió clara y ordenadamente lo que los Santos habían escrito, sin tanta distincion y de paso, en cosas místicas.

Quiso Dios premiar tantos trabajos y herbicas virtudes de Santa Teresa, y coronar los grandes favores y dones divinos que en ella había puesto, con una dichosísima muerte, que fué entre sus hijas en el convento de las Carmelitas descalzas de Alba, adonde llegó, viniendo de Búrgos, muy fatigada: cayó luego mala; estuvo todo un

día y una noche embebida y toda transportada en oracion, donde entendió de nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso; que aunque más había de ocho años, le había revelado el Señor el año en que había de morir, y lo traía escrito en cifra en su breviarrio, y se lo había dicho así al Padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Segovia se había despedido, diciendo no las vería más en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenían muy entendido casi todas las monjas de aquella casa; pero el día puntual en esta ocasion, se lo reveló nuestro Señor. Hubo tambien algunas señales de su muerte: algunas religiosas de aquel monasterio, ha-

bían visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia: otra vió, entre las ocho y las nueve de la mañana, pasar junto á la ventana de su celda, donde despues murió la Santa madre, un rayo de color de cristal muy hermoso: otra dos luces resplandecientes en la ventana de la misma celda; y aquel mismo verano, antes que la Santa madre viniese á Alba, estando las religiosas en oracion, oían un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y eran tantas las cosas y señales que se veían, que las monjas andaban con grande temor de algun prodigioso suceso de la órden.

Recibió Santa Teresa todos los

sacramentos: y así, como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caída y mortal, que no se podía rodear en la cama, sino era ayudada de dos religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella, sin ayuda de nadie: y eran tan grandes los ímpetus que el amor la causaba, que parecía se quería echar de la cama, á recibir á tal Majestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenía, y como si fuera mucho más moza; y puestas las manos, y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquísimo

cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad, que en toda ella lo había hecho, regalándose tiernamente con su Esposo.

El día en que murió, á las siete de la mañana se echó de un lado, á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano, que tuvo siempre, hasta que se le quitaron para enterrarla, el rostro muy encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios y enajenada toda con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesion que casi comenzaba ya á gozar, de lo que tanto tenía deseado. Estuvo de esta manera, sin mover pié ni mano, por espacio de catorce ho-

ras, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

En este tiempo la venerable Ana de San Bartolomé, perpétua compañera de la Santa, y muy parecida en su espíritu, vió á los piés de la cama, á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles, que aguardaba el alma de la Santa madre, para llevarla á su gloria. Tambien asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habían ofrecido muchos años había en un arrobamiento que tuvo, despues de haberles celebrado su fiesta; y volviendo de él, como le preguntase la Condesa de Osorno, que era una señora muy devota y grande amiga suya, qué ha-

bía sentido; le dijo, que le había aparecido los diez mil mártires, y le habían prometido de acompañarla á la hora de su muerte y llevarla á gozar de Dios. Y así la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepcion, que murió cumplido un año que la Santa madre salió de este mundo, que era una monja de singular caridad y espíritu, estando sentada en una ventana baja que salía al cláustro, en la misma celda de la Santa, aquella noche que espiró, oyó un gran ruido, como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por el cláustro muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y entraron todas en la mis-

ma celda, donde estaba la Santa madre enferma, con grandes demostraciones de contento; y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda, no parecía ninguna. Llegaron todas las monjas á la cama, donde estaba la Santa, y á ese punto, dice, que espiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y estos sagrados Santos, en compañía de los Angeles, hicieron su oficio de llevarla honrada y acompañada al descanso eterno de la gloria, que con tantos trabajos tenia merecido, viviendo acá en el suelo. A la

hora que la Santa madre espiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca: otra vió á este mismo tiempo una estrella de gran resplandor sobre la torre y campanario de la Iglesia: y otras vieron cosas maravillosas, con las cuales daba el Señor por mil requicios muestras de la gloria y felicidad de que gozaba. Aquella misma noche que murió la Santa, un árbol seco, que estaba en frente de su aposento, refloreció de repente, regocijándose cielo y tierra con la gloria de esta sierva de Dios.

Fué tan grande el ímpetu de su espíritu en aquel último arrobamiento, que no pudo sufrir el cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba para su Criador; de

suerte, que más murió de amor de Dios, que de la enfermedad: y así lo reveló despues de muerta Santa Teresa á algunas personas, que en su muerte había tenido un grande ímpetu de amor de Nuestro Señor, con que salió su alma. Fué el día de su glorioso tránsito jueves, entre las nueve y diez de la noche, á 4 del mes de Octubre del año 1582, día del glorioso y bienaventurado San Francisco, de quien la Santa era muy devota. Fué el año en que se enmendaron los tiempos quitando los diez días que andaban de sobra y adelantados; y así al día siguiente se contaron 15 de Octubre, siendo Pontífice Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y

reinando en España el Rey católico y prudente don Felipe, II de este nombre. Murió de sesenta y siete años, seis meses y siete días, habiendo vivido en la religión cuarenta y siete años: los veinte y siete en la Encarnacion, y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera regla que ella restituyó: la cual fué el Señor servido que viese, antes que muriese, muy acrecentada y con prelados propios, y vió cumplida la profecía que el Señor antes le había hecho.

Era la Santa madre de muy buena estatura: en su mocedad hermosa; despues de vieja, de muy buen parecer; el cuerpo abultado y muy blanco: el rostro redondo y

lleno, de muy buen tamaño y proporcion: el color blanco y encarnado, y cuando estaba en oracion se encendia y ponía hermosísimo, y en todo el demas tiempo le tenía muy apacible: el cabello negro y crespo: la frente ancha y hermosa: los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves: las cejas algo gruesas y llenas: la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo: la boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro: tenía en él tres lunares, que caían al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca. En todo

su semblante era tan amable y tan apacible, que á todas las personas que la miraban era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que la salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban.

Acabando de espirar, quedó su rostro hermoso en gran manera blanco, como el alabastro, sin ruga ninguna, aunque solía tener hartas por ser vieja: las manos y los piés con la misma blancura todas transparentes, que se podían mirar en ellas como en un espejo, y tan tratables y tan suaves al tacto, como si estuviera viva. Todos sus miembros quedaron hermoseados con manifiestas se-

ñales de la inocencia y santidad que en ellos había conservado. Fué tan grande la fragancia del olor que salía de su santo cuerpo, al tiempo que la vestían y aderezaban para enterrarla, que trascendía por toda la casa, y era de suerte, que las religiosas no podían discernir, á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del cielo, y de rato en rato parecía que venían nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor, y era tanta la fuerza y demasia de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor, no sólo en la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la Santa madre, sino en todas las

demas cosas que ella, estando enferma tocó, como en los platos, y aún en el agua con que los lavaban.

Había entonces allí una hermana, gran sierva de Dios, que carecía del sentido del olfato: estaba desconsolada, porque no podía participar de aquella suavidad de olor que las demas decían que sentían; y llegando á besar sus santos piés, y abrazada con ellos, comenzó á sentir su olor, y cobró desde entonces el sentido del olfato, y duróle en las manos la misma fragancia mucho tiempo, de suerte, que aunque se lavaba muchas veces, no la perdía. Había otra religiosa, que había mucho tiempo que tenía un grande dolor

en un ojo, y llegándose á los piés de la Santa madre, al punto sanó, y dando voces, publicó la misericordia que el Señor le había hecho. Otra religiosa, llamada Isabel de la Cruz, traía de ordinario gran dolor de cabeza, que había más de cuatro años que le tenía, y los ojos tan malos, que si no los apretaba con la mano, no podía andar, ni ver la luz, y cuando la Santa quiso espirar, tomó sus manos y metió los dedos de ellas en sus ojos, y púsolas tambien sobre su cabeza; y nunca más de allí adelante sintió dolores de cabeza, y quedó con clara vista en los ojos. Otros muchos milagros y maravillas obró Nuestro Señor en la muerte de su sierva, acu-

diendo todos á venerar su santo cuerpo y pedir remedio de sus necesidades.

Despues que Santa Teresa partió de este mundo, ha aparecido á algunos religiosos, y á muchas religiosas de sus monasterios y otras personas seglares, con gran resplandor y hermosura, en demostracion de la mucha gloria que goza. Una religiosa, que entonces era prelada, vió á la Santa madre con grande gloria, y que le salía de la boca, corazon y ojos, unos rayos de luz muy grandes, que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que la ceñía y ataba con Dios, y parecióle que le dijo la Santa madre, que aquella cinta significaba el premio que

el Señor le había dado, por la pureza y deseo del aprovechamiento de las almas.

Otra religiosa la vió con grandísima gloria, muy adornada de piedras y perlas muy ricas, y le fué diciendo lo que significaba cada ornato de aquellos de que venía vestida. Ha mostrado bien la Santa madre con las obras, lo que en su vida prometió muchas veces, que despues de muerta había de ayudar mucho más á la religion: porque en vida solamente estaba en un monasterio; pero despues de muerta, acudiría á las necesidades espirituales de muchos, ya aconsejando á las preladas, ya reprendiendo á sus súbditas y atajando principios de rela-

jacion, como se ha visto y ve cada dia en sus monasterios. Y así acaeció con el convento de Villanueva de la Jara á una religiosa que comía carne por ciertos achaques de una enfermedad que tenía, pero no suficientes para comerla, segun la regla de su órden; estando cenando una noche de una ave, oyó una voz que la llamó por su nombre y le dijo: ¿Conócesme? Alzó ella entonces los ojos y vió á la Santa madre: la cual con severidad la reprendió y la dijo: ¿Qué modo de relajacion es esta? ¿Que lo que yo con tanto trabajo fundé, lo relajés tú ahora? Tanto es lo que sienten los Santos cualquier demasia ó relajacion de órden. Fué tanta la pena y el sentimien-

to que tuvo, que arrojó luego al suelo lo que tenía en el plato, y nunca más comió carne, sino fué en enfermedad grave, y entonces constreñida por obediencia, y tuvo salud y mejoría de sus achaques. Otras veces ha aparecido, apoyando la pobreza: otras, donde veía se resfriaba la caridad, persuadía la union de unas con otras: donde hallaba trabadas amistades particulares, las deshacia; y así, como verdadera madre, ha acudido siempre á las necesidades y aumento de sus monasterios.

A una religiosa de mucho espíritu con mucha eficacia le dijo, que avisase al Provincial, que en ninguna manera se haga caso de visiones, ni revelaciones, porque

aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y mentirosas; y es trabajosísima y peligrosa cosa sacar verdades ciertas de entre las mentiras; y cuanto más caso se hace de esto, tanto más se va desviando de la fe, que es la virtud cierta y segura; y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma que las tiene: lo cual es negar el orden que Dios tiene puesto para la justificación de una alma, que es por medio de las virtudes y cumplimiento de su ley y mandamientos; que como las mujeres son muy fáciles y de poco entendimiento, fácilmente se engañan; y acudiendo á los que ni son letrados, ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su

punto, se pueden seguir muchos inconvenientes; y que el premio que ella tenia en el cielo, no se le había dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Son grandes las maravillas que ha obrado Nuestro Señor, para honrar á su sierva: milagros perpétuos han sido la incorrupcion de su virginal cuerpo, y el olor suavísimo que sale de él, y el óleo que de sí mana: el olor es tan grande, que cuando la volvieron por mandato de Sixto V á la villa de Alba, de donde la habían llevado secretamente á Avila, los labradores que estaban en los campos, sin saber qué era, dejaban las haciendas y se iban tras aquella maravillosa fragancia que despe-

día de sí el Santo cuerpo. Está con gran veneracion en Alba, con mucho concurso de los que de todas partes acuden á reverenciarle y pedir á nuestro Señor por medio de su sierva alivio de sus enfermedades.

Son muchos y grandes los milagros que Dios ha hecho por su intercesion: por los cuales, y por sus heróicas virtudes, el Papa Gregorio XV, á los 12 días de Marzo del año de 1622, la canonizó juntamente con San Isidro Labrador, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañia de Jesús, San Francisco Javier, apóstol de la India, y San Felipe Neri, fundador de la Congregacion del Oratorio.

El mayor milagro es haberla escogido Dios para fundar una orden tan santa y de tanta perfeccion y ejemplo en su Iglesia, y no solamente haber restituido la regla primera de Alberto, Patriarca, que guardaban antiguamente los carmelitas en las partes orientales, sino que tambien fué ella el principal medio para que el instituto antiguo de la vida eremitica de aquellos padres de la orden, que vivian en Egipto y Palestina, que se perdió y acabó en la Iglesia, cerca del año de 630, por la crueldad de Ahumar y de otros príncipes sarracenos, se haya restituido y puesto en práctica entre los religiosos que ella reformó, con tanta puntualidad de silen-

cio y recogimiento, de oracion y penitencia, como antiguamente floreció entre aquellos sagrados monges.

Todo esto es un cúmulo de milagros y pruebas grandes de la santidad de la beata madre Santa Teresa de Jesús, que exceden á otras muchas que en particular se pudieran referir: podránse ver en los autores que escribieron su vida, que son el Padre Doctor Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús; el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de la órden de San Jerónimo, obispo de Tarazona, y el P. Fr. Juan de Jesús María, carmelita descalzo, y las relaciones que se hicieron para su canonización.

me ayudare á ir á Vos, gozándome como me gozo de que os ameis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto á la clara, y los justos en esta vida, conocido por lumbre de fé, teniéndoos por su único y sumo bien, fin y centro de su aficion y amor: quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores del mundo hicieran lo mismo: con vuestro favor tengo de ayudar á que lo hagan así.—*Amen.*

El Eminentísimo Señor Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo, se ha dignado conceder cien días de indulgencia á los fieles de su

diócesis por cada vez que reciten esta preciosa oracion, que deseamos ver propagada.

El Excmo. Sr. D. Narciso Martinez Izquierdo, Obispo de Salamanca y Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo, concede cuarenta días á los fieles de sus diócesis.



ACABÓSE DE IMPRIMIR
ESTA OBRA EN MADRID, EN CASA
DE MANUEL TELLO, Á XXXI DE
MARZO DEL AÑO DEL SEÑOR
DE MDCCCLXXXII, TER-
CERO SECULAR DE LA
GLORIOSA MUER-
TE DE SANTA
TERESA DE
JESUS.

A. M. D. G.







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	1703	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	12	Precio de adquisición. »
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»



Njereembéeg

VIDA

DE

Santa Teresa

1703
